

inicia su obra con la descripción de Calakmul, perteneciente a la región del Petén, y una de las ciudades de mayor extensión del área maya.

A continuación se centra en el análisis del estilo Río Bec, ofreciendo una minuciosa descripción de Xpuhil, Chicanna, Becan, Hormiguero y Río Bec, diferenciando los elementos arquitectónicos y decorativos de los estilos propios y las influencias que recibe cada centro. Informa de las distintas exploraciones y trabajos, tanto arqueológicos como de consolidación y restauración, que se han realizado en cada una de las ciudades que nos presenta, documentándolas con magníficas y abundantes fotografías, mapas y planos.

En la región Chenes, fija su atención en Hochob y Dzibilnocac, como centros más característicos de la influencia del Petén en lo referente a los mascarones de las fachadas principales y a los dioses representados.

Desde nuestro punto de vista, el capítulo más interesante y desarrollado, es el que dedica a Edzná, exponiendo los trabajos realizados desde Morley y las diferentes campañas arqueológicas llevadas a cabo por el INAH y el Departamento de Monumentos Prehispánicos, hasta 1984, incluyendo la evolución histórica de la ciudad, desde los primeros asentamientos (600 a.C.) hasta su máxima extensión urbana (600-900 d.C.). Por otra parte efectúa una clasificación de los distintos elementos estilísticos que influyen en esta gran ciudad de Edzná, como son, los procedentes del Petén guatemalteco, Puuc y Río Bec, añadiendo un breve comentario

sobre los canales, depósitos y drenajes de la zona norte de la ciudad y del sistema de agricultura intensiva.

Dentro de este mismo capítulo, dedicado a la región norte, no podía faltar una interesante descripción de Jaina, lugar que originó una de las publicaciones más bellas del doctor Piña Chan: «Jaina, la Casa en el Agua» (INAH, 1983). Tras la descripción de los complejos arqueológicos: Zayosal y Zapool, se extiende en la clasificación temática, funcional y técnica de las famosas figurillas de barro, muy relacionadas con los numerosísimos enterramientos que se han encontrado en la isla.

Por último, en la región del Candelaria, de estilo postclásico, reconstruye su historia a través de crónicas y textos chontales, además de los datos arqueológicos de los centros El Tigre y Xicalango.

Finalmente propone varios temas de investigación y deja expuestas una serie de hipótesis para que sean contestadas en un futuro y aumenten la información hasta hoy obtenida.

El libro «Cultura y ciudades mayas de Campeche» presenta una edición sumamente cuidada en la que, afortunadamente, parece que no se han escatimado los medios necesarios para su publicación. El doctor Piña Chan ha sabido conjugar, debido a su gran claridad, el trabajo científico, de interés para los investigadores, con una labor divulgativa, que es accesible a todo tipo de lectores.

Carolina MARTINEZ KLEMM

ARNAULD, M.^a Charlotte: *Archeologie de l'habitat en Alta Verapaz (Guatemala)*. CEMCA. México, 1986. 480 pp. 27 cuadros. 215 ilustraciones.

La obra de Marie Charlotte Arnauld viene a complementar la serie de trabajos que desde hace varios años vienen desempeñando los miembros de la Misión Arqueológica Francesa en las denominadas tierras altas mayas (La Lagunita, valle del río Chixoy, 1978-1981...).

Desde finales de la década de los cincuenta, el interés por los patrones de asentamiento en el área maya ha ido en aumento y como bien dice Becker: «Los estudiosos se han dado cuenta de que la naturaleza de la civilización maya sólo puede ser entendida cuando se hayan complementado exten-

dos trabajos de asentamientos mayas». Y es en este sentido que «La Arqueología del Hábitat de la Alta Verapaz» se plantea analizar los patrones de asentamiento regionales desde el Preclásico hasta el Postclásico Tardío, partiendo de un programa de sondeo en el que la clasificación funcional de los sitios tiene un valor operatorio, esto es, está dirigido a la selección de los sitios a excavar.

La zona prospectada se localiza al sur-occidente de la Alta Verapaz, formando parte de la sierra que se extiende entre San Jerónimo al Sur y Chamá al Norte, en la que se reconocieron 61 sitios, de los

cuales 57 no habían sido publicados anteriormente. Al conocimiento del medio físico explicitado en el capítulo 1 se unen los datos etnohistóricos y lingüísticos de la Verapaz dominica de época colonial (cap. 2). La zona poblada por Kekchís y Pokomchís probablemente desde el Preclásico aparece aislada del altiplano occidental de Guatemala, aunque su situación la caracteriza más como periférica, intermedia entre el altiplano y las tierras bajas mayas.

Según la autora, a pesar de que las relaciones con las tierras bajas se inician en el Preclásico, éstas se debilitan considerablemente durante el Protoclásico y Clásico Temprano, evidenciándose para el Clásico Terminal un comercio de artículos de lujo para el sector norte de la zona estudiada con el Petén central. Durante el Postclásico, teniendo en cuenta los datos etnohistóricos, se da una fragmentación política que pervive hasta la llegada de los dominios en el siglo XVI.

La aportación fundamental de la obra es que logra dar una visión general de la ocupación regional en el tiempo y en el espacio e imágenes puntuales de los asentamientos y sus elementos.

La metodología para obtener los resultados expuestos se relata en los capítulos 3-4 en los que se advierte que sobre la base de las estructuras visibles y la concentración del material de superficie al aire libre y a veces en cuevas se establecen cinco tipos de asentamiento (hábitat doméstico, lugares de culto aislado, centros, centros con zona de habitación y centros rectores), en cuya definición se manejan criterios, como la presencia o ausencia de elementos domésticos y especializados, la superficie total del sitio y la calidad arquitectónica de los conjuntos cuando es visible. El reconocimiento con descripción de vestigios y recolección del material de superficie (operación I, 1974), se finaliza con un programa de 38 sondeos estratigráficos en centros secundarios y rectores, así como con excavaciones detalladas en dos sitios representativos Sulín y Chicán (operaciones II y III).

Como suele ser habitual, los sondeos ni confirman ni desmienten la distinción funcional entre estructuras especializadas y estructuras domésticas establecida en el capítulo 3 (pág. 44), por lo que la selección de los centros a prospectar no sólo depende de su estatus dentro de la tipología funcional, sino también de su localización espacial, dataciones anteriores y de su morfología.

Los cuatro últimos capítulos se consagran a las interpretaciones finales del conjunto de los datos ob-

tenidos. En cuanto a la secuencia cerámica (cap. 5), los resultados no responden al objetivo cronológico, ya que los problemas del hábitat requieren una estrategia que no es la mejor adaptada para establecer una secuencia cerámica definida y precisa. Su análisis comparativo se justifica en función de que sólo la cerámica es un dato suficientemente abundante y diversificado para obtener una imagen concreta de la región y sus divisiones internas para períodos como el Clásico Tardío (pág. 104).

En definitiva, los resultados obtenidos, aunque quedan todavía lejos de mostrarnos la verdadera secuencia cultural de la zona (la muestra de los sitios es muy restringida, ponen de manifiesto una variación en la jerarquía morfológica y poblamiento de los sitios a través del tiempo, sobre todo para el preclásico y postclásico, dibujando un espacio en el que las zonas vacías de poblamiento corresponden al sector norte kárstico, y concentrándose las zonas residenciales en el sector sur de los valles y montañas, «las comparaciones con las regiones meridionales vecinas y con el hábitat moderno de la Alta Verapaz occidental sugieren que, además de los contrastes del medio físico un factor cultural podría explicar esta variación» (p. 51).

Queda felicitar al Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos por la magnífica presentación de la obra y la calidad de la representación de planos e ilustraciones. Una abundante bibliografía complementa un trabajo hecho a conciencia que nos abre una ventana hasta ahora cerrada por la escasez de investigaciones en una zona que no por «periférica» deja de ser menos relevante en el conocimiento de la cultura maya.

Carmen VARELA TORRECILLA